

JENOFONTE, RECEPTOR GRIEGO DEL ARTE DE LA GUERRA DEL ASIA MENOR

Miguel Alonso Baquer
Instituto Español de Estudios Estratégicos

En el demos de Erquía, no muy alejado del centro de Atenas, hacia el año 430 a. de C., nació Jenofonte. Hacía ya dos años que había comenzado la guerra del Peloponeso y faltaba sólo uno para la muerte de Pericles. Morirá Jenofonte entre los años 355-354 a. de C. quizás en Corinto, cuando acababa de ver la luz Alejandro de Macedonia. Fue, pues, un riguroso contemporáneo de Platón y en cuanto tal, miembro de una generación posterior a la de Sócrates y Tucídides y anterior a la de Aristóteles.

La biografía de Jenofonte está marcada por una disyuntiva entre el pensamiento y la acción. Pudo ser un discípulo de Sócrates, pero carecía de condiciones para la filosofía. Fue un militante con propensión, no tanto para encabezar ejércitos en tareas de estrategia, como para introducir reformas en las falanges griegas, que unas veces sugerirá en lo que tenían de provenientes del Asia Menor (o de Egipto) y otras en lo que tenían de experiencias espartanas.

Lo que verdaderamente nos ha quedado de Jenofonte es un caudal de observaciones sobre el fenómeno de la guerra tal como se vivió en su siglo. Su repertorio de propuestas es más amplio que el ofrecido por Tucídides y desde luego está más atento a la recepción de mensajes propios de los pueblos orientales o meridionales, respecto a Grecia.

Conviene hacer algunas precisiones cronológicas. La denostada paz de Nicias entre Atenas y Esparta ocurría cuando ni Jenofonte ni Platón habían cumplido los diez años (421 a. de C.) y el desastre ateniense por antonomasia, el de la batalla campal de Mantinea (418 a. de C.), cuando ambos acababan de rebasar esa edad. La hecatombe en Sicilia (415 a. de C.) les sobrecogió siendo todavía muy jóvenes. No así la muerte de Alcibíades el 404 a. de C. -punto final de la Guerra del Peloponeso. Por entonces, ya puede hablarse de una iniciación militar del joven Jenofonte a quien alguno de sus biógrafos sitúa, siempre a caballo, enfrentado con los partidarios de Tebas en la campaña del 409 a. de C. y cotado entre los numerosos prisioneros de aquella ocasión.

Lo más probable es su bautismo bélico en las luchas intestinas contra la hegemonía de los demócratas (quizás demagogos) de Trasíbulo. Pero lo decisivo para el tema que nos ocupa viene de una decisión que el propio Sócrates consideró imprudente. Proxeno de Beocia, en el entorno del compromiso del espartano Clearco con las aspiraciones de reinar en Persia Ciro el Joven (mediante el derrocamiento a viva fuerza de su hermano Artajerjes II) le incorporó al grupo de mercenarios griegos cuyas vicisitudes en el Asia Menor conocemos a través de la llamada Expedición de los Diez mil o Anábasis. Ocurría esta decisión de Jenofonte el 401 a. de C., uno o dos años antes de las muertes casi sucesivas y de muy diferente modo de Tucídides y del propio Sócrates.

De creer al testimonio de Jenofonte, su presencia en aquellas filas en nada respondía a su condición de guerrero, de oficial o de general, sino a su curiosidad. Quería estar en buenas condiciones para relatar un acontecimiento que él creía programado para fijar de alguna manera la amistad del Imperio persa con Esparta. Solo la desgraciada muerte de Ciro el Joven en la batalla de Cunaxa, dará a Jenofonte la oportunidad, merced a su palabra, para constituirse en jefe de una partida de jinetes – pronto incrementada con una infantería nutrida de hoplitas y peltastas– a cuyos aciertos

tácticos y estratégicos atribuirá él el feliz retorno de la mayoría de los mercenarios griegos.

El relato de la larga y azarosa expedición que se extendió desde las inmediaciones de Sardes en Asia Menor hacia las cabeceras de los ríos Éufrates y Tigris por las tierras de Armenia, allí asomadas hacia las orillas del Mar Negro y, finalmente, el del regreso más complicado aún hacia el mediodía de la Península de los Balkanes será, exactamente, lo que acreditará a Jenofonte como receptor y transmisor de los avances en el arte de la guerra de los pueblos entonces recién conocidos por él.

Cabría añadir como igualmente fecunda la presencia de Jenofonte en la expedición del rey de Esparta Agesilao hasta Sardes (399-396 a. de C.), ahora para devolver, con patente hostilidad, la indeseada visita a Grecia de Darío y de Jerjes en las nunca olvidadas guerras médicas de la centuria anterior. Pero parece claro que el trabajo de Jenofonte fue más de asesoramiento que de mando y que lo esencial de la curiosidad del escritor ateniense –“abeja ática”, se le denominará– ya estaba satisfecho.

Las dos experiencias reportarán para Jenofonte una simpatía, tanto hacia la organización espartana como hacia la pedagogía persa en materia castrense, lo que unido al resentimiento hacia su ciudad natal por la condena de Sócrates, determinará la residencia de Jenofonte en una finca de Escilunde, en la Elida, al noroeste del Peloponeso y cerca de Olimpia, donde permanecerá unos veinte años, felizmente entretenido junto a su mujer Filesia y viendo crecer a sus hijos Grilo y Diodoro.

Jenofonte, que había luchado en Queronea junto a Esparta y frente a Tebas y Atenas, quedaría inhibido de la fundación por Platón de la Academia de Atenas, justamente cuando nacía Aristóteles, es decir, entre 385-384 a. de C. Aquella batalla, como todas las vicisitudes de la llamada guerra de Corinto, presagiaba las batallas decisivas de Leuctra (371 a. de C.), de Cinocéfalos poco después y finalmente de nuevo, de Mantinea (362 a. de C.). Dos grandes caudillos, Epaminondas y Pelópidas, incorporando a Tebas el mejor arte de la guerra entonces viable –el orden oblicuo con empleo por sorpresa de la carga de caballería por los flancos o por la retaguardia– habían puesto en definitiva decadencia el prestigio militar de Esparta. A Jenofonte todo ello le cuesta la pérdida en combate de su hijo Grilo y un nuevo y casi definitivo veto a su retorno a Atenas.

El último periodo de su vida resultará dominado por una intensa actividad de escritor. La obra sobre los atenienses y su república, que hoy se atribuye al Pseudo-Jenofonte y no al verdadero Jenofonte, es anterior a sus más bisoños escritos. Las obras que nadie le discute corresponden a las fechas más próximas a su ancianidad, que quedan separadas apenas unos años de la última expedición a Egipto de Agesilao, en la que éste encontrará la muerte; exactamente el 360 a. de C.

Las numerosas obras de Jenofonte hoy recopiladas responden: a) a una obsesión por la moral pública estrictamente ateniense, caso de la Apología de Sócrates, el Banquete y las Memorables; b) a una reconsideración de los resultados de las campañas militares, caso del Anábasis, del Agesilao y de las Helénicas; c) a una inquietud pedagógica a favor de los principios éticos o religiosos, caso del Hiparco, del Arte de la Equitación, de la Caza y, sobre todo, de la Ciropedia (en contraste agudo con el Hieron); y, finalmente, d) a una preocupación por el equilibrio económico y financiero, caso de las Rentas de Ática. No se puede excluir su autoría de la República de los lacedemonios que, como obra iniciada en su juventud, conviene poner en relación con los conceptos vertidos por el Pseudo-Jenofonte en la República de los atenienses.

Dejaremos aparte la obsesión por la ciudad de Atenas –que Jenofonte exhibe en los sucesivos y apasionantes diálogos que tienen a Sócrates como protagonista– para

centrarnos en los libros donde mejor se muestra la inequívoca voluntad de recibir y transmitir enseñanzas de otros pueblos. Partiremos del conjunto de ideas que se reúnen en la República de los lacedemonios y también en las Helénicas (siete libros que rematan a su estilo la Historia tucídea de la Guerra del Peloponeso). Son obras que fueron revisadas por Jenofonte a lo largo de muchos años a la luz, quizás, del libro arcaizante (fechado entre 440 y 420 a. de C. del Pseudo-Jenofonte) que se popularizó allá por los días cuando nacía Jenofonte. Estas dos obras –la República de los lacedemonios y las Helénicas– pudieron ser comenzadas antes que la redacción del Anábasis, (380 a. de C.) y se refieren a acontecimientos ocurridos entre el otoño del 411 a. de C. y el desenlace fatal de Mantinea (362 a. de C.), sobre los que el autor podía volver una y otra vez conforme avanzaba en su relato.

La obra de Jenofonte ofrece un dualismo interpretativo actualmente inequívoco. Los escritos se inician en la confianza sobre los bienes de la supremacía de Esparta –un filolaconismo que parece en alza– y se coronan cuando ya es perceptible la decadencia de esta república helénica –un aristocratismos residual–. Pero las ideas y las creencias de Jenofonte son incommovibles. El cuidado por la religiosidad en los términos más tradicionales aparece al comienzo y al final de todos los escritos de tan excelente escritor, como sensato pensador y hábil historiador.

En cualquier orden en que se lean los escritos de Jenofonte, siempre habrá que tener en cuenta que todos son posteriores a la presencia suya en Asia Menor, junto a Ciro el Joven o junto a Agesilao. La postura a favor del hiato, –artificialmente creado por él mismo– entre el modelo de vida pensado para Esparta por Licurgo y el modelo atribuido a Ciro el Grande para Persia, está en todos ellos. Jenofonte, propugnador de un imperio helenístico como sería el luego forjado por Alejandro de Macedonia, nunca se conformará con una política de bienestar estrictamente localizada en su patria chica, Atenas.

Ahora bien, en términos militares, Jenofonte lo espera todo de una decisión que no quieren asumir del todo los imperialistas de Atenas. La eficacia griega sería irresistible si todos sus pueblos se lanzaran a instruir grupos de jinetes tan expertos como los que manejan los persas y también los egipcios. Jenofonte es un apóstol del empleo constante de la caballería para la resolución de todos y cada uno de los conflictos en ciernes.

Es probable que La República de los lacedemonios fuera abordada por Jenofonte en sus años mozos, es decir, antes del 395 a. de C. y que fuera corregida entre los años 378 y 371, en la atmósfera del fracaso de Esparta en Leuctra ante Tebas (371 a. de C.); que la Cirospedia fuera concebida en la vuelta de la primera expedición de Agesilao al Asia Menor (395 a. de C.), pero rematada cuando estaba a punto de cerrarse el largo reinado en Persia de Artajerjes III; que De la Caza fuera un libro escrito sin pausas ni interrupciones entre 392 y 388 a. de C.; que la escritura premiosa del Anábasis fuera muy poco posterior al 380 a. de C. y que la redacción entusiasta del Agesilao naciera justamente al saberse la muerte del rey de Esparta, muy cerca de Cirene en el antiguo Egipto, el 360 a. de C.

Las llamadas <<obras menores>>, –no me refiero así ni a las socráticas ni a las históricas meramente intrahelénicas (evidentemente derivadas de las muertes de Sócrates y de Tucídides, en plena difusión del descrédito de los sofistas)– parecen escritas por Jenofonte en sus años de madurez. De la Equitación pudo ser preparada a lo largo de la década de los sesenta y el Hiparco o Jefe de Caballería, más precisamente entre 362-361 a. de C. Hieron, claramente, se compuso después del 358 a. de C.

precediendo en poco a la obra que se entiende como la última, Las Rentas de Ática a la que se vincula con los mismos preámbulos de su muerte, quizás el 354 a. de C.

1. LA REPÚBLICA DE LOS LACEDEMONIOS

Para interpretar correctamente el primer escrito de Jenofonte no se podrá prescindir de todo lo contenido en el libro hoy titulado La República de los atenienses: “una crítica –como afirma Manuel Fernández-Galiano– hecha por un adversario lúcido, por un oligarca que conocía bien la talla y los secretos del adversario”. El que esta obra fuera una muestra de la primera prosa escrita en dialecto ático, todavía monótona y pobre (si bien descarta la paternidad de Jenofonte, -aunque no así la posible autoría de Tucídides, el de Melesias o del verdadero Tucídides” <<historiador>>) no debe hacernos olvidar que Jenofonte debió encontrar en ella múltiples argumentos para después mejor encomiar los méritos de la constitución política de Esparta.

El Pseudo-Jenofonte, –como luego Jenofonte– consideraba demasiado consolidada la democracia en Atenas y no veía el modo de derribar un régimen al que detestaba. Y decía lo siguiente para explicar su resistencia:

“La democracia se apoya en la flota y ésta se perfecciona, a su vez, gracias a la navegación constante que exige el contacto con los aliados... Para ser invencible, les falta una sola cosa, ser isleños”.

No eran isleños, pero se comportaban como tales. Sus aliados de otras islas aceptaban ser progresivamente más esclavos de Atenas. El fin de esta situación podría ser trágico para todos y la culpa del empecinamiento ateniense cabía atribuirse a los sofistas, a los enemigos de Sócrates, de Platón y del propio Jenofonte, cuyas teorías para la mejor defensa de Atenas acabarían siendo nefastas.

“El ejército de hoplitas, –había escrito el Pseudo-Jenofonte– que parece estar mucho menos atendido que la flota, lo tienen organizado de tal forma que reconocen ellos mismos que son menos y más débiles que sus enemigos, pero mucho más fuertes, incluso por tierra, que los aliados que les pagan tributos; opinan que el ejército de hoplitas es suficiente, siempre que éstos sean más poderosos que sus aliados”.

El Pseudo-Jenofonte opinaba, pues, que un ejército sólo de hoplitas no era suficiente y que tampoco era suficiente la superioridad de Atenas sobre los hoplitas de los pueblos aliados. De momento, la seguridad de Atenas estaba basada en esta coyuntura efímera de carácter logístico.

“Los que dominan el continente no pueden realizar una marcha de muchos días desde el país suyo, pues el avance es lento y quien va por tierra no puede llevar provisiones para mucho tiempo”.

En su día podrían los aliados a la fuerza aquellos hacer otra cosa para debilitar a Atenas: debilitarían su economía por una vía indirecta, negándose, todos a una, a venderles la madera de sus árboles.

“Ellos –los ateniense– son los únicos capaces de apoderarse de la riqueza de helenos y bárbaros, pues si un país es rico en madera adecuada para la construcción de barcos ¿a qué otro país lo podrá exportar, si no se someten al que domina el mar?”

El problema, en definitiva, estaba en que la Atenas de los sofistas había llegado a ser una talosocracia. Sus adversarios sólo tenían un camino a su alcance: mantener firmemente las alianzas y los pactos entre ellos, depositando la continuidad de esta tarea en manos de sus respectivos oligarcas. Para tener éxito contra el demos de Atenas –lo dice el verdadero Jenofonte– sería, además, preciso no decaer en los valores morales y no operar hasta tanto no se percibiera que Atenas había rectificado su actitud y se disponía a actuar como un pueblo más entre los helénicos.

No es que Jenofonte deseara la decadencia de Atenas y que propiciara el prestigio de Esparta. Es que había que llegar a un nuevo acuerdo frente a las amenazas del enemigo exterior cuyas bases no podían ser otras que el retorno a la tradición en el arte de gobernar, tanto de atenienses como de espartanos.

“Lo más natural –la cita procede de María Rico Gómez– es ver en La República de los lacedemonios un simple ensayo, una obra de juventud, hacia la que tal vez volvió en ocasiones sus ojos Jenofonte, pero a la que, ocupado en empresas que le eran más urgentes, no alcanzó a dar forma definitiva... El ateniense realza en cierto modo su plan a lo largo de los diez primeros capítulos; pero a partir del XI, al internarse en el estudio de las instituciones militares se <<entusiasma>>, por así decirlo y desviándose de la finalidad que se había propuesto, cae en una pura exaltación de las virtudes del ejército espartano”.

Desde los trabajos de Jaeger es fácil ver en Jenofonte una “actitud de admiración simplista y superficial del principio espartano de la educación colectiva”. No lo es tanto precisar su intención educadora panhelénica. Acepta que la mujer no cuente más que como posible madre de nuevos guerreros y que, no obstante, sean sometidas las jóvenes a un duro adiestramiento físico similar al de los varones. Porque de lo que se trata es de contar con una estructura sólida de guerreros para cualquier evento.

Lo curioso es que todavía no se habla de ideal alguno de modernización. El ejército espartano (el que Jenofonte describe) estaba ya en desuso en la propia Esparta. Esparta disponía ya de unidades complejas que en absoluto estaban integradas exclusivamente de ciudadanos <<iguales>>.

“Jenofonte, al escribir este tratado, no intenta sino cantar las excelencias del régimen laconio y proponerle como modelo a los ojos de las demás ciudades; a sus fines didácticos convenía más bien esta visión simplista, idealizada y exenta de pretensiones críticas”.

Jenofonte busca el logro de una homogeneidad helénica de los ejércitos y no una modernización en cuya importancia caerá en la cuenta más tarde. Incluye aquí un craso error sistemático, el de dar por equilibrados en número los efectivos de hoplitas con los efectivos a caballo, cosa que no se pretendió nunca en Grecia. Y es que, por entonces, Jenofonte conoce mucho mejor los despliegues en Asia Menor de los ejércitos persas –y de sus refuerzos egipcios en carros de hoces y torres móviles– que la realidad espartana en el Peloponeso. Cuando se fije en ella y corrija el texto, –ya se había producido la derrota de Leuctra (371 a. de C.)– no dudará en subrayar en la derrota tres causas

morales y ninguna operativa: la codicia de aquel ejército en particular, la pérdida del antiguo sentido de arraigo en la ciudad-madre y la incapacidad espartana para gobernar a toda Grecia.

La crítica final de Jenofonte coincide plenamente con la que Aristóteles incluirá en su Política:

“Los lacedemonios se sostuvieron mientras guerrearon, pero se derrumbaron en cuanto alcanzaron la supremacía, porque no sabían disfrutar de la paz, ni habían cultivado ningún otro ejercicio superior al de la guerra”.

Pero la posición de Jenofonte será muy pronto diferente a la del estagirita, por cuanto valora de manera muy distinta las culpas. La causa de los males venía de un abandono, no de la falta de capacidad para otros menesteres distintos al cuidado de los ejércitos. Jenofonte elogia a Licurgo “hombre de extremada sabiduría que sin imitar a las demás ciudades, con un criterio opuesto incluso al de la mayoría de ellas, llevó a su patria a una pujante prosperidad”. Este era el problema:

“Si alguno me preguntara si creo yo que todavía permanecen inmutables las leyes de Licurgo, por Zeus que esto ya no osaría yo afirmarlo... Antes, éstos, si tenían algo de oro, vivían en el temor de ser descubiertos; ahora, en cambio, hay quienes se jactan de poseer riquezas”.

2. CIROPEDIA

La República de los lacedemonios nos deja ver con claridad que lo definitivo para Jenofonte radicaba en la educación de los dirigentes. La persistencia en la grandeza de Atenas y de Esparta se debería intentar tomando ejemplo de los orígenes de la anterior grandeza, sea la de los espartanos, sea la de los persas. Nada hay comparable como remedio a una síntesis de los modelos encarnados por Licurgo y por Ciro el Grande, como la que él se forja en los capítulos de la Ciropedia. Lo afirma Ana Vegas Sansalvador con estas palabras:

“La Ciropedia es una asistemática <<Summa>> de las ideas de su autor sobre educación, caza, equitación, política y arte militar que el propio Jenofonte había plasmado o iba a expresar más sistemáticamente en tratados especializados”.

Las dudas que todavía hoy se tienen sobre las fechas de redacción del capitulado de la Ciropedia no ocultan lo esencial del mensaje, por tardía que resulte ser la conclusión de los eruditos. Lo resume Jaeger diciendo que “Jenofonte acusa a los espartanos y a los persas de su tiempo, respectivamente, de haber abandonado su propio ideal”. Ana Vegas, no obstante, defiende unas fechas más bien intermedias.

“Las alusiones indirectas al sistema espartano y a sus instituciones, cuando Jenofonte presenta el régimen socio-político de los homótimos persas, la aproximarían a los años de su estancia en Escilunde (387-371); sin embargo, los sentimientos de Jenofonte no se muestran tan apasionados respecto a Esparta como en la época de la redacción de la República de los lacedemonios”.

Y es que la corriente filoexótica, que apareció en Grecia como efecto de la crisis moral subsiguiente a las Guerras Médicas, atrapó del todo a Jenofonte sin que, por otra parte, perdiera éste su conciencia de pertenecer a una comunidad que creía superior a las otras comunidades de pueblos.

“El elemento persa está presente en la Ciropedia, como lo atestiguan los nombres de los personajes y la alusión a las armas, vestimenta y costumbres persas. Sin embargo, estos elementos exóticos parecen, más bien, destinados a crear la ambientación de un relato de corte preeminentemente griego con decorado persa”.

La educación de los niños persas, en efecto, parece calcada de la de los jóvenes de Esparta.

“Su experiencia en el ejército de mercenarios griegos que apoyaban a Ciro el Joven le sirvió para ponerse en contacto con soldados espartanos... Las tendencias aristocráticas y guerreras que animan la ideología de Jenofonte tienen su realización, más próxima en el sistema laconio, cuyo fin era convertir a los ciudadanos en los mejores guerreros por medio de una formación interior del hombre que acompañara al adiestramiento técnico y una firme educación política y moral”.

Parece probable que Jenofonte conociera a la figura de Ciro el Grande a través de una obra de Antístenes (445-360 a. de C.), el fundador de la secta de los cínicos, o de otra del médico de Artajerjes II (el autor de Pérsika, una fantástica historia de Persia) Ctesias de Cnido. Jenofonte parece haber utilizado también la historia de Herodoto. Pero, en definitiva, lo cierto es que modificará los datos siempre con la intención de magnificar las conquistas del héroe Ciro, acumulando sus victorias en muy pocos años.

Aparecen en la Ciropedia hasta cuarenta y tres discursos de tono sencillo y coloquial, además de múltiples diálogos hábilmente entrelazados. Abundan episodios anovelados que ponen de relieve una gran ternura y una profunda religiosidad en personajes persas. El triángulo formado por el aristócrata Araspas, por la bella cautiva Pantea y por su regio esposo Abradatas cumple la función de dar brillo al valor sagrado del matrimonio frente al apasionado enamoramiento sufrido por Araspas, que era sin duda un gran guerrero. En definitiva, lo que se resalta es la necesidad de forjar para toda Grecia una autarquía ética de valores, entre cínica y estoica. También la voluntad de propiciar esfuerzos nobles y de consolidar la idea básica: la admiración hacia un modelo vivo, aunque foráneo, Ciro el Grande, no significaba el abandono de la ética más bien homérica de los orígenes de Grecia. Pero sí la vigilancia sobre su posible pérdida.

“Sus advertencias sobre la deslealtad de los persas se fundan en la traición de Tisafernes, el interés por la alineación de las tropas responde al deseo de corregir los fallos de la batalla de Cunaxa y la consideración de la dificultad que entraña la acción de equipar los caballos durante la noche es fruto de la experiencia relatada en el Anábasis”.

Ciertamente, —estamos siguiendo la interpretación de Ana Vega— que “el régimen político de la Persia de la Ciropedia poco tenía que ver con la realidad histórica, ya que se manifiesta como una oligarquía plutocrática, tal como la entendía Sócrates en Las Memorables. Lo propuesto aquí por Jenofonte, a cuenta del gran Ciro,

es un sistema mixto, por un lado oligárquico como el de Persia y por otro monárquico como el de Esparta. Y es que...

“Jenofonte, a diferencia de Platón, no se interesa por el gobierno de una ciudad o de un reino, sino por el de un imperio, lo que constituye uno de los rasgos originales de la obra como precursora de conceptos que serán propios del helenismo”.

El contraste entre la educación siempre individualista de los griegos y la educación colectivista de los persas lo decidirá Jenofonte a favor de su patria chica.

“Jenofonte atribuye a su protagonista una serie de cualidades que considera indispensables para el correcto ejercicio del poder partiendo de la concepción socrática de la virtud, del modelo de Sócrates y, sobre todo, de las virtudes cardinales platónicas”.

Jenofonte no presta tampoco aquí atención alguna a la naturaleza del Estado o a su constitución política. Prefiere, como siempre, detenerse en anécdotas o excusos sobre cuestiones militares. Pero lo hace ahora a partir de las cualidades del soberano ideal: la piedad o respeto hacia los dioses que había inculcado en Ciro su padre Cambises; la justicia o respeto a las leyes más bien igualitarias que recoge preferentemente; el heroísmo o respeto a quienquiera que sea capaz de realizar una hazaña; la generosidad o respeto al que desprecia el egoísmo; la mansedumbre o respeto en el trato a los consejeros; la obediencia o cuidado por la disciplina de los soldados y, sobre todo, la continencia o dominio de sí mismo que es lo que Jenofonte presenta como verdadero fundamento del estado y del imperio. Son las cualidades que, más tarde, los griegos considerarán propias del prototipo de los reyes helenistas, Alejandro de Macedonia y también del modelo ciceroniano que se elaboró en el círculo romano de los Escipiones. Pero, en definitiva, el arte militar seguirá en el primer plano.

“No es conforme a la ley divina, –le dice Ciro a Cambises– si no se ha aprendido a montar a caballo, pedir a los dioses la victoria en los combates desde luego hípicas; si no se sabe tirar el arco, pedir el triunfo sobre quienes sí saben; si no se sabe pilotar, rogar para que las naves se mantengan a salvo mientras se maneja el timón...”.

Una conversación de Ciro, todavía niño, con su padre Cambises pone las cosas en su sitio:

“Me preguntaste de qué serviría a un ejército la táctica sin recursos, sin la salud, sin el conocimiento de las artes inventadas para la guerra y sin la disciplina. Una vez que me hubiste demostrado que la táctica es una pequeña parte de la totalidad de las funciones del general yo te pregunté si eras capaz de enseñarme algo de esto y tú me recomendaste acudir a los varones considerados doctos en las técnicas militares”.

Ciro no olvidaría este consejo. Jenofonte en el libro IV de la Ciropedia explicará de otro modo la presunta creación por Ciro de la caballería persa mejor que la vuelta a una tradición. Los taxiarcas son convocados por el rey precisamente para inaugurar una costumbre, no para prolongarla.

“Mientras los persas no tengamos una caballería propia, reflexionad: sólo tenemos unas armas con las que parece que ponemos en fuga a los enemigos cuando se trata de un combate cuerpo a cuerpo. Pero ¿a cuantos jinetes, arqueros, peltastas o lanceros que se encontraban ya a distancia podríamos capturar o matar en su huida sin disponer de caballería...? Si consiguiéramos una caballería no peor que la suya ¿no es evidente para todos nosotros que sin ellos (los aliados) seríamos capaces de hacer a los enemigos cuanto ahora le hacemos con su ayuda y que tendríamos entonces a nuestros aliados en actitud más modesta con respecto a nosotros?”

La contundente argumentación del gran Ciro resulta válida para la reforma que Jenofonte sueña para Atenas.

“Quizás alguien diga que no sabemos montar: por Zeus, ninguno de los que ahora saben sabía antes de aprender... ¿no es más agradable acudir rápidamente junto al amigo que nos necesita y, en caso de persecución, ya de personas, ya de animales, capturarles rápidamente? Y ¿no es cómodo que el caballo ayude a llevar el arma que haya de transportar?”

Ciro convence a su general Crisantas con esta sólo frase... “en cuanto queramos, nos será posible combatir a pie, pues no olvidaremos nada del oficio de infantería por aprender el de caballería”. Y obtiene esta admirable respuesta:

“Yo deseo aprender a montar porque pienso que si llego a convertirme en jinete seré un centauro, un hombre con alas”.

El mensaje de la Ciropedia es, sencillamente expuesto, una apología del arte ecuestre y también una apología del carro de combate protegido cuya primera invención Jenofonte también atribuye a Ciro. Jenofonte añadirá en su relato ideas propias y hará propias de Ciro el Grande las invenciones que eran ya norma de los ejércitos que combatieron junto a Artajerjes II y a Ciro el Joven en Cunaxa el 401 a. de C.

“Ciro vio que el carro de Abradatas, –se dice anacrónicamente en la Ciropedia menos fiel a los datos históricos– era de cuatro timones y cayó en la cuenta de que podía hacerse de ocho, de suerte que con ayuda de ocho yuntas de bueyes trasladara la más novedosa plataforma de máquinas de guerra”.

Lo decisivo, sin embargo, no radica para Jenofonte en una innovación técnica, sino en un efecto psicológico heredado de los tiempos más ancestrales:

“También era antes una tradición nacional (de los persas) no dejarse ver marchando a pie, no por otra razón más que porque pretendían convertirse en los mejores jinetes del mundo. En cambio, ahora, tienen más mantas sobre el caballo que sobre su cama pues no se ocupan tanto de la forma de montar como de disponer de un asiento mullido... Afirmo –es la enseñanza que lanza contra los griegos– haber demostrado que los persas y los pueblos que les son afines son más impíos con sus dioses, más irrespetuosos con sus parientes, más injustos con los demás y más cobardes con los ejercicios encaminados a la guerra que antes”.

3. DE LA CAZA

Ya en el Libro Tercero de Los Recuerdos de Sócrates había incluido Jenofonte una observación que se repite en varios de sus escritos. Sócrates interpela a Dionisiodoro para comprobar si, en sus afanes por ser tenido por profesor de estrategia, había caído en la cuenta de la necesidad de poseer algo más que unas ideas sobre táctica, en definitiva, si sentía una preocupación por el empleo constante de la caballería:

“Y ¿no crees que también nuestra caballería, si se pusiese cuidado en ello, vencería con mucho a todas las demás en armas, caballos, disciplina e intrepidez frente a los enemigos si estuviese convencida de que iba a reportar gloria y honor con ello?”

La confianza en una reforma de la caballería ateniense es una constante en Jenofonte que, hábilmente por cierto, se pone en relación con el hábito del ejército venatorio, en uno de sus primeros escritos, De la Caza.

“He terminado de hablar sobre la práctica de la caza propiamente dicha. Sacarán gran provecho los que tienen afición a este ejercicio pues procura salud a los cuerpos, perfecciona la vista y el oído, retrasa la vejez y, sobre todo, educa para la guerra”... “Los hombres con buenas condiciones físicas y mentales tienen siempre cerca el triunfo. De tales jóvenes nacen los buenos soldados y estrategas. En efecto, los mejores son aquellos cuyos esfuerzos eliminan del alma y del cuerpo bajeza e insolencia y acrecientan el amor a la virtud”.

Lo sorprendente es que De la Caza fije como rivales a los sofistas y no precisamente por ser malos cazadores, sino por la maldad de sus actos o palabras.

“Repruebo que anden rebuscando frases, pero jamás sentencias que sean correctas con las que sean educados en la virtud los jóvenes, como hacen los filósofos”.

Y es que “los sofistas andan <<a la caza>> de los ricos y de los jóvenes y los filósofos, en cambio, comparten su amistad con todos los hombres y ni aprecian ni menosprecian sus fortunas”. Sólo merecen ser elogiados “los cazadores que ofrecen a la comunidad de ciudadanos sus cuerpos y bienes en perfecto estado”.

“Los unos van <<a la caza>> de fieras, los otros <<a la caza>> de amigos... los que desean saciar su ambición en la ciudad se ejercitan en vencer a los amigos: los cazadores, en cambio, a enemigos comunes... Para los unos, la caza va acompañada de moderación, para los otros, de vergonzosa osadía... En cuanto a lo divino, a unos nada les impide su impiedad; los otros son los más piadosos”.

Este dualismo maniqueo trae en la pluma de Jenofonte una curiosa propuesta a favor de las campañas militares en el corazón de Asia: lo difícil de ser cazado (leones, leopardos, linceos, panteras, osos, etc.) es lo que puede capturarse con riesgo en unos países extranjeros que están “más allá de Macedonia y pasada Siria”. El buen cazador, el filósofo, va desde lo fácil hacia lo difícil.

“De la inofensiva liebre, se pasa a la caza del ciervo que ya extraña ciertos riesgos, luego a la del peligroso jabalí, a continuación a las fieras, para culminar con el enemigo más terrible, el sofista”.

Tenemos, pues, en De la Caza una mentalidad que ya no se mueve de estas coordenadas. El destino de los mejores entre los griegos está allí donde el ejercicio de la caza alcanza las mayores dificultades, no mar adentro (donde Atenas movía sus naves) sino tierra adentro (donde, quizás, haya que prestarse a acudir).

4. ANÁBASIS

Entre las obras de Jenofonte merece un sitio de honor el Anábasis, por la frescura con que nos narra sus experiencias personales y por la abundancia de datos geográficos y demográficos que recoge. Plutarco en Vidas paralelas no tendrá más remedio que mostrarse agradecido.

“Jenofonte ha sido su propio historiador. Ha contado lo que hizo como estratega, el éxito que obtuvo atribuyendo la obra a Temistógenes de Siracusa. Supo renunciar a su gloria de autor a fin de que se le diera más crédito, expresándose de sí mismo como de un extraño”.

Como es sabido, en la segunda versión del Anábasis, Jenofonte abandonó el pseudónimo: pero mantiene la mayor responsabilidad para la toma de decisiones en los dos caudillos espartanos a quienes sirvió sucesivamente, eso sí, envolviéndoles de palabra en sus recomendaciones de actuación: Clearco, una de las víctimas de la traición del persa Tisafernes, y Quirísofo, cuyo desgraciado final a punto ya de regresar a su patria, también quedará anotado. Francisco Montes de Oca apunta en la dirección correcta al formularle esta censura al escritor:

“La parcialidad que experimenta por Esparta y por Agesilao lo lleva, sobre todo en la última parte, a falsear los hechos; no acierta a ver la concatenación lógica de los sucesos ni a distinguir muchas veces lo secundario de lo esencial. Cree en los sueños, en los prodigios y en la intervención de los dioses en los asuntos humanos por razones morales. Suele moralizar de acuerdo con la ética tradicional y sólo en raras ocasiones según la socrática y le deleita oír anécdotas. En más de un sentido se halla más cerca de Herodoto que de Tucídides”.

El Anábasis culminará la postura filolaconista de Jenofonte, subrayando la necesidad del retorno a la tradición mejor, que era la que habían reflejado sus elogios a Ciro el Grande en su novela histórica. No se abstiene de señalar (de nuevo y apologeticamente por cierto) la supremacía del caballo ya desde el Libro Primero VII:

“En la revista allí verificada vióse que la infantería pesada de los griegos, los hoplitas, ascendía a diez mil cuatrocientos hombres y la ligera, los peltastas, a dos mil quinientos. Los bárbaros que iban con Ciro sumaban cien mil hombres con doscientos carros armados con hoces... Disponían ellos además de seis mil caballos mandados por Artajerjes y que formaban delante de la persona misma del rey... de todas estas tropas asistieron a la batalla novecientos mil hombres con ciento cincuenta carros armados de hoces... Tales fueron los informes que le dieron a Ciro”.

Más precisa es aún la descripción del orden de batalla que Jenofonte aporta de los preliminares para la batalla de Cunaxa.

“A la izquierda de los enemigos venían escuadrones de caballería armados con corazas blancas, de los cuales se decía su jefe Tisafernes... Después seguían otros cuerpos de caballería y arqueros. Todas estas tropas iban agrupadas por naciones y cada nación formaba una columna profunda... Delante marchaban los carros armados de hoces a gran distancia uno de otro”.

La noticia de la muerte fortuita del propio Ciro –uno le lanzó con gran fuerza un dardo que le penetró por debajo del ojo– le sirve a Jenofonte para describir las virtudes del héroe caído casi con las mismas palabras con las que había cantado las excelencias de Ciro el Grande:

“Murió Ciro, varón entre los persas. Después de Ciro el antiguo fue quien tuvo más condiciones de rey y el más digno de gobernar, según convienen todos los que le han conocido de cerca”. “Ciro se mostró como el más juicioso de los de su edad cuando de niño aprendería a mandar y a obedecer... Era muy aficionado a montar a caballo y llegó a ser jinete consumado; en todos los ejercicios militares, al manejar el arco y lanzar el dardo, mostraba un ardor infatigable... Se aficionó mucho a la caza y gustaba correr en ella toda clase de riesgos... mostró, ante todo, que para él lo primero era cumplir con el mayor escrúpulo la palabra dada. Honraba de una manera especial a los que se distinguían en la guerra... a más de que la justicia dominaba en todas las cosas, su ejército era un verdadero ejército”.

La precaria situación en que quedan los mercenarios griegos se resuelve, en primera instancia, con la promoción de Clearco, el desterrado lacedemonio que más se había identificado con Ciro:

“En lo sucesivo, Clearco ejerció autoridad de jefe y los demás le obedecieron, no por haberlo elegido, sino viendo que él sólo sabía disponer las cosas como corresponde a un jefe, mientras los demás carecían de experiencia”.

Clearco le dirá a Tisafernes en los preámbulos de lo que sería una traición: “Jamás consideraré feliz al hombre cuya conciencia se sienta culpable de haber despreciado a los dioses”. El engaño culminará con el asesinato de los generales griegos, Proxeno de Beocia, Menon de Tesalia, Agias de Arcadia, Clearco de Lacedemonia y Sócrates de Acaia. Y, entonces, será cuando Jenofonte incluya el canto a las virtudes... y también a las debilidades... de todos ellos: Proxeno sabía mandar muy bien a la gente de suyo honrada, pero no era capaz de inspirar a los soldados ni reverencia ni miedo. Menon dejaba ver claramente sus vivos deseos de riqueza. De Agias y de Sócrates nadie pudo decir que fueran cobardes en la guerra ni poner tacha a su amistad.

Y es ahora cuando salta al primer plano del relato erguido simbólicamente sobre su caballo, el propio Jenofonte. Tuvo un sueño: le pareció oír truenos y que un rayo caía en la casa de su padre y la incendiaba toda. Se despertó y llamó a los capitanes del ya desaparecido Proxeno. Era necesario hacer algo para no quedar a merced de Artajerjes y de Tisafernes.

“Es preciso –les dice con elocuencia– que os tengáis por más bravos que la multitud y que llegado el caso, seáis los primeros lo mismo en el consejo que en los actos. Sin jefes nada bueno puede resultar en ningún asunto y muy particularmente en la guerra”.

El discurso de Jenofonte concreta la razón del desaliento de modo original:

“Y si alguno de vosotros está desalentado porque no disponemos de caballería y los enemigos la tienen numerosa, considerad que diez mil jinetes no es nada más que diez mil hombres: nadie murió jamás en una batalla a consecuencia de los mordiscos o de las coces de un caballo: son los hombres quienes deciden la suerte de la batalla... Sólo en una cosa nos llevan ventaja los jinetes: pueden huir con más seguridad que nosotros”.

Su propuesta para la retirada en orden, que no para una fuga, será aceptada:

“A mí me parece que Quirísofo podría mandar la vanguardia puesto que es lacedemonio; de un lado se encargarían los dos generales de más edad y a la retaguardia podríamos ir por ahora nosotros, los más jóvenes, yo y Tomasen”.

“Si queremos, pues, impedir que nuestros enemigos puedan hacernos daño en nuestra marcha, necesitamos cuanto antes honderos y jinetes; ...Si escogemos entre los caballos los mejores, poniendo la carga en otras acémilas y equipamos a los caballos de suerte que puedan ser montados, esta caballería podrá molestar al enemigo en su fuga”.

El relato de la retirada no pierde ocasión de incorporar anécdotas donde el caballo será siempre el protagonista. La capacidad para encontrar subterfugios y alternativas a la batalla campal contra el ejército perseguidor se demuestra con la feliz arribada a las aguas de Ponto Euximo (Mar Negro). Uno de los capitanes griegos exclamará entonces:

“Sólo deseo, libre de todos estos trabajos, puesto que hemos llegado al mar, hacer el resto del camino embarcado y llegar a Grecia tendido y dormido, como Ulises”.

El recuento de efectivos resulta ser satisfactorios: quedan ocho mil seiscientos hombres. “Estos eran los recuperados entre los diez mil aproximadamente del principio”. Hasta llegar a Caderea, una ciudad griega, el ejército había marchado por tierra diez y ocho mil estadios, recorridos en ciento veintidós jornadas y en ocho meses desde que se librara la batalla de Cunaxa, junto a Babilonia.

Los problemas que ahora irrumpen son de otra naturaleza y para Jenofonte más impresentables porque se refieren a luchas intestinas. Jenofonte se demora en narrarlos con cierto detalle porque sabe que es a él a quien se le acusa de haber propuesto una fundación independiente de su patria Atenas para gozarla el resto de sus días.

“Sería honroso ganar por la fuerza un nuevo territorio, fundando una ciudad y hacerse famoso y prepotente... Estas consideraciones lo llevaban a desear ser jefe absoluto del ejército. Pero cuando pensaba que el porvenir era incierto para todos los hombres y que corría peligro de perder en este cargo la gloria adquirida, dudaba... En estas dudas le pareció mejor consultar con los dioses”.

Otros sucesos desfavorables se le cruzan en su trayectoria, primero a Quirísofo y luego al propio Jenofonte:

“Así pues, el ejército quedó dividido en tres partes: una formada por los arcadios y los aqueos, todos hoplitas; otra con Quirísofo de mil cuatrocientos hoplitas y hasta setecientos peltastas (con los tracios de Clearco también) y otra con Jenofonte, de mil setecientos hoplitas y trescientos peltastas: éste último era el único que tenía caballos, unos cuarenta”.

La detallada contabilidad apunta hacia el mayor valor de lo que era más complejo. Jenofonte, ya independiente de toda autoridad, cogió unos barcos, desembarcó sus hombres entre los límites de Tracia y del territorio de Heraclea, que era de donde había partido hacia el interior del país helénico el propio Quirísofo y él mismo hizo lo propio. La misma mala suerte que había afectado al primer ejército de arcadios y de aqueos, alcanzó al espartano Quirísofo en Calpe donde moriría a consecuencia de un remedio medicinal que había tomado estando con fiebre. También impresionó a Jenofonte, que se verá forzado a prolongar sine die la situación de un ejército en retirada a través de toda la Tracia, sin que resultara probada su inocencia en Atenas. Pero tuvo un premio de consolación que no ocultará a sus lectores:

“Jenofonte no tuvo motivo para quejarse del dios, pues los lacedemonios, los capitanes, los demás generales y los soldados convinieron en darle una parte escogida del botín: caballos y yuntas de bueyes y todo lo demás; de suerte que quedara en situación hasta de favorecer a otros”.

5. AGESILAO

El elogio del rey espartano Agesilao forja a su modo un tratado de ética. Agesilao –a juicio de Jenofonte digno del trono antes de acceder al poder dual de Esparta– fue designado rey el 398 a. de C., probablemente cuando ya contaba unos cuarenta años. Viviría ochenta. Lo que hacía tan atractiva su figura era el éxito en haber acabado con el poderío de Tisafernes.

“Tisafernes, sabiendo que Agesilao no tenía caballería y que Caria no era tierra de caballos... mandó pasar por allí a toda su infantería y llevó la caballería a la llanura del Meandro en la idea de que podía aplastar a los griegos con su caballería antes de que llegaran a las zonas inaccesibles a ella... Pero Agesilao dio la vuelta y marchó inmediatamente a Frigia. Avanzaba sumando todas las fuerzas que encontraba a su paso... Dejó a Tisafernes como a un niño en las artes del engaño... Después de no conseguir acampar en la llanura por impedírselo la caballería de Farnabazo, decidió dotarse de una propia de modo que no tuviera que huir luchando... Así preparó un catálogo de los hombres más ricos de las ciudades de aquella zona en la cría de caballos... También dio órdenes a las ciudades que debían preparar jinetes”.

El elogio, como vemos, conduce en todos sus párrafos al arte ecuestre.

“Después que empezó a despuntar la primavera concentró todo su ejército en Efeso. Como quería ejercitarlo, propuso premios para los escuadrones de caballería que mejor montáran”.

La victoriosa campaña en Asia Menor se cerrará con una ironía, porque el rey persa Artajerjes II, creyendo que Tisafernes era el culpable de la mala situación de su territorio, envió a Titraustes y le cortó la cabeza. “De este modo, –el comentario es de Jenofonte– Agesilao era el jefe no sólo de los griegos sino también de muchos bárbaros”. Pero no será ésta la clave de la grandeza del rey de Esparta.

“Aunque planeaba y esperaba destruir el imperio que había luchado antes contra la Hélade, sin embargo, no se dejó dominar por nada de esto, sino que cuando le llegó de las autoridades de su patria la orden de acudir en su ayuda, obedeció a la ciudad”.

Y es que el encomio de su figura estaba fundamentado más en el patriotismo de Agesilao que en su fortuna guerrera.

“No aceptaría ni toda la tierra en lugar de su patria ni los nuevos amigos en lugar de los antiguos”.

Cuando más adelante Jenofonte aluda a la batalla de Coronea, librada entre Agesilao y los tebanos, dejará dicho que “se veían muy iguales ambas formaciones; la caballería era también casi igual en número”. Subrayará ante todo la piedad de su héroe hacia los enemigos derrotados, que se habían acogido a un templo.

“Había dentro del templo ochenta soldados enemigos armados y le preguntaron qué se debía hacer... No se olvidó del precepto divino y ordenó que les dejaran marchar donde quisieran y mandó a los jinetes de su escolta que les acompañaran hasta que estuvieran a salvo... Agesilao se retiró a su patria, ya que prefería mandar y ser mandado en ella, cumpliendo las leyes de su patria, a ser el más importante en Asia Menor”.

El elogio a la experiencia del buen rey no se detiene cuando ésta toma la forma de vejez:

“Cuando la vejez le impedía servir a pie o a caballo, pero veía que la ciudad necesitaba dinero si pensaba atraerse a algún aliado... ni se avergonzaba de salir como embajador en lugar de estratega... No obstante, en sus funciones de embajador realizó hazañas propias de un estratega”.

Se trataba de estimular a los egipcios para que emprendieran una campaña contra los persas, pero también de recordar a los lectores de Atenas la admiración que el propio Jenofonte había sentido durante el Anábasis hacia los guerreros del delta del Nilo. El texto no hará otra cosa que revisar, una a una, las virtudes que consideraba poseídas de manera eminente por Agesilao:

- reverenciaba los lugares sagrados, incluso los del enemigo
- no maltrataba a los suplicantes de los dioses, aunque fueran los de sus enemigos
- cuando tenía éxito no miraba con altanería a los demás

- tenía por costumbre mostrarse alegre cuando estaba preocupado
- no se mostraba más afectuoso con los amigos poderosos, sino con los mejor dispuestos
- quería que el culto a la justicia quedara siempre como más ventajoso que la injusticia
- de la presencia de los hipócritas se guardaba como de las emboscadas
- no consideraba a la virtud como un duro esfuerzo, sino como un cómodo plan
- daba constantes pruebas de su valor que iba acompañado de prudencia mejor que de riesgos.

6. DEL ARTE DE LA EQUITACIÓN

El mejor tratado que nos ha llegado de Jenofonte es, sin duda, el Arte de Equitación, una obra mucho mejor ordenada y más coherente que De la Caza. Lo dice Jaeger:

“No es una obra fría. En ella se refleja un hombre compenetrado con su caballo... El éxito se presenta aquí como el resultado de una acertada educación”.

El tratado pone de relieve la clara conciencia que tenía Jenofonte de su competencia en la materia.

“Como nos consideramos expertos en equitación por haber sido jinetes durante mucho tiempo, deseamos también enseñar a los amigos más jóvenes el procedimiento que juzgamos correcto en su trato con los caballos”.

Ni los griegos, ni ninguno de los pueblos del entorno, conocían la silla de montar, ni la herradura, ni el estribo, ni la barbada, aunque sí poseían criterios distintos sobre los sistemas de freno o de bocado que deberían controlar la marcha de los caballos. Jenofonte se esmera en el conocimiento de la monta y lo estimula con pasión.

“Puesto que el jinete, al ir a toda carrera, debe estar seguro y debe poder utilizar correctamente las armas desde el caballo, donde hay zonas apropiadas y existen fieras, es indispensable practicar la equitación cazando... Es preciso poseer, al menos, un par de frenos. Uno de ellos que sea suave... y otro con las cabezas pesadas y pequeñas y el bocado punzante”.

En definitiva, Jenofonte apela a un argumento de honor:

“Cabalgando en caballos semejantes son representados dioses y héroes y los hombres que los utilizaban con prestancia producen una impresión magnífica”.

7. EL HIPARCO O JEFE DE CABALLERÍA

La obsesión de Jenofonte por acelerar en lo posible la reforma de las falanges griegas a favor de la caballería es una constante que nos recuerda Orlando Guntiñas Tuñón con estas palabras:

“La caballería ateniense fue organizada por Pericles antes de la guerra del Peloponeso. Estaba compuesta, en teoría, por mil jinetes, cien por cada tribu. En realidad contaba con seiscientos cincuenta cuando Jenofonte escribe el tratado y de ahí sus esfuerzos y sugerencias en el capítulo 9 para que fuera completado el número con cuerpos extranjeros”.

El adiestramiento de los jinetes debería comenzar a los diez y ocho años. El servicio lo sería para toda la vida, sin constituir por ello una clase social o un orden ecuestre. Caballo y caballero tendrían que pasar una revista para costear los gastos.

Desde este punto de partida Jenofonte elabora toda una teoría de empleo de las unidades a caballo donde la emboscada y el engaño ocupan un lugar que sólo se cede a la obligación de pedir ayuda a los dioses antes de toda acción.

“El autor, que sirvió en la caballería de los Treinta y en los años anteriores (409 a. de C.) aparece en el Anábasis por primera vez montado a caballo; organiza un pequeño destacamento para cubrir la retirada, lo que le permitirá salvarse de las iras de Tisafernes y probablemente fue el promotor y el consejero de la caballería creada por Agesilao en Asia Menor”.

“Jenofonte, –según el erudito Delebecque– propone las reformas fundamentales en el último capítulo y las reformas de menor importancia en diversos pasajes a lo largo de la obra; el perfeccionamiento de las cabalgaduras, el carrusel de entrenamiento militar, el ataque en carga, el galope con media vuelta por sorpresa... donde sienta el principio básico: compensar la inferioridad numérica con la superioridad técnica de la maniobra”.

Las coincidencias de Jenofonte con Eneas el Táctico no pueden sorprendernos. Se trataba de un problema muy grave para la supervivencia de Atenas que, a juicio de Jenofonte, debería ser resuelto por todos y cada uno de los pueblos helénicos.

“Si los enemigos invaden el territorio ateniense, no vendrán de otra forma que con otros jinetes además de los suyos... Si la ciudad entera sale a defender el territorio contra tantos enemigos, las esperanzas serán buenas... En efecto, con la ayuda de los dioses, los soldados de caballería serán superiores, si se les cuida como es preciso... Conviene que el Jefe de Caballería sea un varón cabal, puesto que necesitará mucha prudencia y audacia contra enemigos mucho más numerosos”.

La solución no puede ser suficientemente patriótica para Jenofonte:

“Yo afirmo que se completaría mucho antes el total de mil jinetes asignado a la caballería e igualmente resultaría mucho más fácil para los ciudadanos estableciendo doscientos jinetes extranjeros... Al menos yo sé que la caballería lacedemonia empezó a tener fama después que aceptaron también jinetes extranjeros”.

Nótese que, aquí y ahora, ya no se trata de una expedición de griegos al Asia Menor, sino de la supervivencia de la ciudad.

8. HIERON

Parece lógico deducir que Jenofonte alcanzaba la máxima originalidad de su pensamiento en tanto acertaba a proponer para Atenas cuantas cosas de interés había aprendido en Asia Menor o había observado en Esparta. Pero le convenía tomar distancia frente a los tiranos. En el Hieron volverá los ojos hacia el Occidente helenizado de Siracusa, en Sicilia, y montará una crítica sobre los modos habituales de gobernar que estaban ocasionando allí tantos y tantos derramamientos de sangre entre los pretendientes al ejercicio del poder. Tal es el contenido del fino diálogo entre el tirano de Siracusa Hieron y el conocido poeta Simónides.

“La postura invariable de Hieron es que el tirano goza menos y sufre más que el ciudadano corriente; justamente la contraria del poeta para quien el tirano disfruta mil veces más y sufre muchísimo menos”.

Sólo un capítulo muy avanzado del texto planteará de nuevo una vieja cuestión no resuelta. El capítulo 10 retornará al posible éxito de una disponibilidad de mercenarios precisamente en Atenas.

“El plan de Simónides, -que en el resumen de Guntiñas es el más sensato- es convertirles en protectores de todos los ciudadanos y de sus bienes, tanto en la ciudad como en el campo, y no solo de los bienes privados del tirano. De este modo, los súbditos se convencerán de su necesidad y contribuirán a su mantenimiento a la vez que defenderán sus intereses”.

Nos parece claro que el Hieron ofrece una visión negativa del arte de buen mandar en relación con la Ciropedia, que era para Jenofonte un ideal de gobierno. El tirano no es ni un gran guerrero ni un equilibrado legislado, sino un déspota de la peor calaña que, además, vive atormentado. Las recomendaciones finales del texto ya no se corresponden con la mentalidad mediadora de Simónides, sino con la condenatoria de Jenofonte. Todo nos recuerda casi al pie de la letra lo que éste había sugerido en el Hiparco y lo que sugerirá en Las rentas de Ática. Jenofonte sigue fielmente los criterios de Isócrates al escribir Sobre la Paz. Ni el déspota es feliz ni su gestión aporta felicidad alguna.

“Los tiranos disfrutaban mucho menos que los particulares que llevan una vida ordenada y sufren mucho más y con más intensidad. Si los hombres consideran la paz un gran bien, los tiranos tienen la mayor parte de ella”.

Un Jenofonte (ya anciano) se siente obligado a explicar a los atenienses que no es por el cauce del endurecimiento de las normas por donde Grecia debe caminar sino por la mensura en la acción del gobierno.

“Los tiranos se ven forzados muchísimas veces a saquear santuarios y a personas contra toda justicia porque necesitan constantemente dinero para sus gastos imprescindibles, ya que, como si estuvieran en guerra, se ven siempre en la disyuntiva de mantener un ejército o ser destruidos”.

No niega Jenofonte la existencia necesaria de la fuerza armada permanente sino sólo que esa fuerza sea regida con arbitrariedad. Pero parece que da por sentado el orden de paz y por indeseable el estado de guerra.

Lo más grave viene muy cerca del final del diálogo. A la pregunta cínica (?) de Simónides: ¿cómo si tan triste es ser tirano, ni tú ni ningún otro se apartó jamás de la tiranía voluntariamente una vez conseguida? le responde Hieron con aire de tragedia:

“La tiranía es muy desgraciada en esto, ya que no es posible apartarse de ella... Y si cualquier otro halla ventaja en ahorcarse, has de saber que yo encuentro esa única ventaja para el tirano”.

La réplica de Jenofonte no apunta al suicidio, aunque tampoco a la democracia.

“Creo poder enseñarte que el mandar no impide en absoluto el ser amado”... “que los mercenarios tengan como primera y única orden ésta: ayudar a todos los ciudadanos pensando que son guardianes de todos, siempre que vean algún hecho que los reclame”.

9. LOS INGRESOS O LAS RENTAS DE ÁTICA

El último de los trabajos de Jenofonte debe ser analizado como un retorno a las enseñanzas de Sócrates, —entiéndase del Sócrates que había él mismo dibujado en otros escritos anteriores—. La salvación de la ciudad no radica en un retorno al imperialismo de Atenas, reflejado en una talasocracia intratable, sino en un suave imperialismo menos ambicioso. Se debe, religiosamente, por cierto, optar por una autarquía serena que pacifique también a los pueblos vecinos ante la evidencia de una buena administración.

“La ciudad se vería mucho más beneficiada, si los ciudadanos hicieran las campañas juntos (entiéndase solos), que si forman al lado de ellos, como ahora, lidios, frigios, sirios y otros bárbaros de todas clases, pues tales son muchos de los metecos”.

El mensaje, no obstante, tiene rasgos de pacifista:

“Debe reinar la paz para que todos los ingresos vayan en aumento ¿acaso no vale la pena establecer el cargo de guardianes de la paz... Las ciudades prósperas son las que permanecen en paz más tiempo... Muchas riquezas fueron introducidas en la ciudad en tiempo de paz y todas ellas se gastaron en la guerra... Desde que la paz se ha extendido por el mar, aumentan los ingresos y los ciudadanos pueden emplearlos en lo que quieran”.

Se trata, pues, de administrar bien y con ambiciones.

“Es lógico que empecemos la obra, después de obtener los sacrificios favorables de los dioses que indicase el oráculo; pues es natural que las actividades que se realicen con la ayuda de un dios se encaminen siempre hacia lo más ventajoso y mejor para la ciudad”.

Jenofonte repite lo esencial de lo que había insinuado en Los Recuerdos de Sócrates, en el Banquete y en la Apología de Sócrates, que ya no se identifica con las virtudes del espartano Licurgo o del persa Ciro:

“Estoy convencido, –había dicho Sócrates antes de morir envenenado– de que no se puede vivir mejor vida que procurando mejorar, ni otra más agradable que sentir cómo, en efecto, va haciéndose uno mejor”.

10. BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- FERNÁNDEZ GALIANO, Manuel.-** Pseudo-Jenofonte. La república de los atenienses. Clásicos políticos (Madrid 1971). Y también Jenofonte. Hieron (Madrid, 1971).
- DELEBECQUE, Émile.-** Essai sur la vie de Xenophon. París, 1957. Y también L'art de la chasse (1970), Le commandant de la cavalerie (1973), De l'art équestre, Les Belles Lettres (París, 1978).
- GARCÍA GUAL, Carlos.-** Introducción a la Anábasis. Traducción de R. Bach Pellicer. Biblioteca Clásica Gredos, 52 (Madrid, 1982).
- GRACIÁN DE ALDERETE, Diego.-** Obras de Jenofonte (trasladadas de Griego en Castellano, dirigidas al Serenísimo Príncipe D. Felipe). (Salamanca, 1552).
- GUNTIÑAS TUÑÓN, Orlando.-** Jenofonte. Obras Menores. Introducciones, traducciones y notas a Hieron, Agesilao, La República de los lacedemonios, El Jefe de Caballería, De la equitación y De la Caza. Y también Pseudo-Jenofonte. La República de los atenienses. Gredos, Biblioteca Clásica, 75. (Madrid, 1984).
- HIGGINS, W.E.-** Xénophon the Athenian. The Problem of the Individual and the Society of the Polis. (Nueva York, 1977).
- JAEGER, W.-** Paideia. Los ideales de la cultura griega. Fondo Cultura Económica. (Méjico, 1962).
- MARCHANT, E.C. y BOWERSOCK, G.W.-** Xenophontis Opera Ournia. Oxford Classical Text, 1920 y también Xenophon. Scripta minora. (Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968).
- MONTES DE OCA, Francisco.-** Jenofonte. La Expedición de los Diez mil. Estudio preliminar. Recuerdos de Sócrates. El banquete y Apología de Sócrates. Editorial Porrúa. (Méjico, 1978).
- RICO GÓMEZ, María.-** Jenofonte. La República de los lacedemonios. Edición, traducción y notas, revisado por Manuel Fernández Galiano. Instituto de Estudios Políticos. (Madrid, 1973).
- ROMILLY, J. de.-** Le Pseudo-Xenophon et Thucydide. Revista de Filosofía, 36. (París, 1962).
- VEGAS SANSALVADOR, Ana.-** Ciropedia. Introducción y traducción revisadas por E. Crespo Güemes. Editorial Gredos. (Madrid, 1987).
- XURIGUERA, Juan B.-** Jenofonte. Historia Griega. Vida de Agesilao. Anábasis o Retirada de los Diez mil. La República de Esparta. La República de Atenas. Las Helénicas. Las Rentas de Ática. Obras Maestras. (Barcelona, 1965).